NOELIA MEDINA

LOS GIRASOLES DE VALERIA



Los girasoles de Valeria

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Noelia Medina 2023
© Entre Libros Editorial LxL 2023
www.editoriallxl.com
04240, Almería (España)

Primera edición: julio 2023
Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 978-84-19660-32-9

LOS GIRASOLES DE VALERIA

Noelia Medina



ÍNDICE

ÍNDICE

UN AÑO Y MEDIO ANTES DE CONVERTIRSE EN GIRASOL

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

TÚ OPINIÓN NOS IMPORTA

Un año y medio antes de convertirse en girasol

—¡Iván! ¿Cómo se te ocurre?... ¿De verdad?... —gritó exasperada Patricia cuando entró en el salón y se encontró a su hija, Blanca, y a su sobrino, Mateo, de cara a la pared, sujetando con la frente un billete. Estaban en silencio y tan concentrados en su tarea que el revuelo de los adultos les era indiferente.

Patricia fulminó a su hermano con la mirada.

—¿Qué? —le preguntó él, fingiendo que no sabía a qué se refería.

—Que eres peor que ellos. ¿Cómo se te ocurre tenerlos ahí, pegados a la pared?

Iván le sonrió desde el sofá en el que estaba medio tirado, con las manos por detrás de la cabeza.

—Están callados y haciendo un juego dinámico —se defendió.

—Si por *dinámico* entendemos sujetar un billete con la frente hasta que se caiga..., sí, es dinámico —añadió Vega desde el rincón de la estancia más alejado.

De rodillas y sentada sobre sus talones descalzos, pintaba un cuadro que Valeria le había encargado dos semanas atrás. Le dedicó una mirada al paisaje a través del gran ventanal de cristal y otro al cuadro antes de darle una pincelada aquí y allá. Vega había llegado un poco antes que los demás para aprovechar los minutos retocando las luces del paisaje, que era lo que le faltaba, ya que el punto de reunión previo a la salida hacia el concierto era la casa de Valeria e Iván.

Patricia, con aspecto cansado, soltó el uniforme sobre una de las seis sillas blancas que rodeaban la gran mesa de cristal del extremo izquierdo del salón mientras se dirigía a su hermano:

—¿Qué tiene de dinámico sujetar un billete con la frente?

—El dinamismo está en que no se caiga —argumentó Iván a la pregunta de su hermana.

—O que se le caiga al otro. —Eydan salió de la cocina con una bandeja llena de jarras heladas con cervezas—. Porque lo divertido del juego es que si a uno se le cae, el otro se lo lleva.

Patricia observó a los niños, ambos tan concentrados mirando hacia la pared que no parecían estar hablando de ellos.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí? —le preguntó al Modelo con la excusa de reparar en su aspecto casual.

Con el pantalón vaquero y aquella camiseta básica, parecía un dios. Uno rubio, de ojos azules, mirada de perdonavidas y sonrisa de canalla.

—Una hora.

—¡¿Una hora?! —exclamó irritada, corriendo hacia los niños.

—Ni que hubiera sido una hora cosiendo camisetas por dos céntimos, doña Dramática. Están jugando —dijo Dolores, que entraba en ese momento en el salón.

Que su abuela se pusiera de parte de su hermano respecto a los métodos educativos no la cogía por sorpresa.

—¿Una cerveza? —le preguntó Eydan a Patricia—. Tienes aspecto de cansada. ¿Día duro en la sucursal? —Ella asintió mientras cogía una de las jarras heladas y le daba un trago que le supo a un chapuzón en el mar en mitad de una ola de calor—. ¿Estás segura de que no quieres venirte al concierto? Necesito a alguien que comparta mi animadversión por ese hombre, y tú eres la indicada.

Ella negó.

—Me vendré a casa con los niños y a descansar.

—Te llamaría aburrida, pero entiendo que prefieras cuidar a dos preadolescentes infantiles e insoportables que ir a esa tortura de concierto en el que solo hacen ruido.

—¿Y para qué vienes entonces, Maluma? —Vega apareció de repente con la paleta de colores en una mano, y con la otra cogió una cerveza. Eydan observó su mejilla manchada de azul y amarillo, seguramente de haberse rascado sin darse cuenta—. Si te sacamos del reguetón, explosionas.

El Modelo le sonrió, mostrando todos sus dientes, esos perfectamente blancos y alineados.

—A ver, Namasté. Todavía no he visto a nadie que consiga follar bailando un perreito con el «Segundo movimiento» de *La ley innata.*

—¡Eydan! —protestó Patricia por la palabrota. Lo golpeó en el hombro y señaló a los niños con un movimiento de cabeza, pero ellos seguían estáticos en la pared.

—Ya has dejado claro que necesitas truquitos para llevarte al huerto a las chicas, y también que, para gustarte tan poco el tío que canta, sabes mucho de títulos y movimientos.

—Ha estado estudiando —intervino Iván con una sonrisa socarrona, levantándose del sofá—. Para no sentirse un excluido, se ha aprendido algunas canciones.

—Encima chaquetero. No tienes personalidad ninguna —le recriminó Vega, a quien le encantaba picar al rubio. Era una presa fácil que caía de manera continua en sus provocaciones. Después, en el fondo, se llevaban bien. O casi.

—Pero tengo peine, algo que al parecer tú no conoces. Un utensilio creado hace más de cinco mil años que seguramente se usaba para desparasitar y que a ti todavía puede serte útil. —Le miró el cabello, recogido en un moño desordenado que dejaba libres mechones por delante de su rostro y detrás de su nuca—. Y zapatos. Creo que esos son del final del paleolítico. —Observó los pequeños pies descalzos.

—Te sacaría el dedo, pero lo tengo ocupado —zanjó Vega bebiendo un sorbo de la cerveza y mostrando la paleta de colores mientras se daba la vuelta y volvía a su cuadro.

Patricia no perdió detalle de la discusión tras su jarra de cristal, de la que daba pequeños sorbos. Vega y Eydan tenían aquel juego de provocación constante que parecía divertirlos y enfadarlos a partes iguales, pero siempre estaban así, y por algún motivo desconocido presenciar sus disputas no le agradaba tanto como a los demás, que eran fanes de las respuestas rápidas y elocuentes de cada uno.

—Ve terminando, salimos en unos minutos —le indicó Iván a Vega, acercándose al ventanal de cristal de su salón, junto a ella—. Voy a salir a buscar a Valeria. Larry y Chari vienen de camino y no debe quedarles mucho, porque Chari ya me ha hablado cuatro veces. Está entrando en pánico. Dice que ha tirado del freno de mano y el coche se le ha girado.

Los dos rieron mientras buscaban a Valeria con la mirada, en el exterior de la casa. Larry acababa de sacarse el carné de conducir y Chari dudaba de sus capacidades al volante.

—¿Ya sabe hacer trompos? —preguntó la amiga de Valeria, ya también la de él.

Iván negó divertido.

—Lo ha hecho sin querer.

—Nadie tira del freno de mano sin querer, Iván. —Vega, que había regresado su atención al lienzo, golpeó despacio el pincel para resaltar las hojas de los girasoles.

—Píntala a ella también.

—¿Qué?

Vega miró a Iván, sin saber a qué se refería. Lo descubrió al instante al contemplarlo allí de

pie, captando cada detalle de los movimientos de Valeria, que, a lo lejos, al otro lado de la cristalera, caminaba despacio entre ristras de girasoles con la camiseta alzada por la parte inferior para poder ir echando las pipas que recogía.

—Tenemos que irnos ya y ni siquiera se ha vestido. Hay algunos girasoles con las pipas listas y quiere recolectarlas.

La muchacha sonrió con la vista al frente.

—¿Cómo te gustaría que la pintara?

Iván se encogió de hombros sin desviar su atención.

—Libre.

Se dio media vuelta y en silencio salió de la casa para buscarla. Le encantaba ese trayecto, sobre todo durante los meses de la cosecha. Era corto, de apenas medio minuto, pero salir al porche, rodear la casa por el lateral y llegar a la parte trasera era un ritual que coronaba con la imagen de Valeria.

Valeria sentada, tomando los últimos rayos de sol de la tarde. Valeria caminando con calma. Valeria comprobando el crecimiento de la flor. Valeria recolectando pipas. Valeria leyendo.

Pero siempre Valeria.

Y siempre con un manto de girasoles de fondo.

A veces —constantemente—, llegaba sin hacer ruido. Le encantaba descubrirla relajada, sin ese disfraz que en ocasiones todavía cargaba. Ya no era esa mujer fría de antaño, pero había resquicios de aquella que fue y que en el fondo seguía siendo, aunque en su mejor versión. Allí, no obstante, era la que él pudo descubrir a espaldas de la sociedad. La que se dejaba llevar.

Caminaba con tanta calma que parecía fusionada con el ambiente, con la suavidad del aire, la calidez de los últimos rayos de sol y hasta con la energía de la tierra que pisaba. Iván negó con una sonrisa en los labios y se dijo que era un gilipollas enamorado. Eso era lo que ocurría. ¿Qué explicación tenía si no el pensar absurdeces sobre la calidez del sol? ¿Qué sabía él de la energía de la tierra?

—Comienzas a parecer un psicópata. —La voz de Valeria lo trajo de vuelta.

Caminaba hacia él, todavía lejos, y lo miraba con los ojos entrecerrados debido a la claridad y una mano colocada en forma de visera sobre ellos. Con la otra sujetaba la camiseta llena de pipas.

Iván le sonrió de lado mientras se cruzaba de brazos y se apoyaba en una de las cuatro columnas del porche trasero. Esperó a que se acercara más, lo suficiente para poder conversar sin darse voces, y cuando la tuvo al lado le preguntó:

—¿Por qué crees que parezco un psicópata?

—Porque estás ahí estático, observándome con una expresión que no sabría descifrar. Y parece que te encanta hacerlo. A veces pienso que estás maquinando mil maneras de deshacerte de mí.

—Cuando te miro con esa expresión, el pensamiento se acerca más a mil maneras de follarte.

Valeria puso los ojos en blanco, pero el color le llenó las mejillas. Y a él le encantaba ruborizarla. Era uno de sus objetivos diarios. No mentía cuando se lo decía, aunque sí un poco, porque cuando la miraba así, en realidad no solo pensaba en mil maneras de follársela. También en mil maneras de hacerle el amor, de hacerla feliz, de conseguir que riera, de hacerla sentir viva. Ese era su puto objetivo cada día: que Valeria viviera.

Hacía poco que había decidido dejar el tratamiento. No había nada que hacer, según la medicina, pero según ellos había mucho mucho que experimentar todavía. Por eso había tomado la firme decisión de no someterse a más quimioterapia. Existía una fecha límite, esa era su

realidad. Puede que un año, tal vez dos, y Valeria tenía claro, ahora que sabía lo que era la vida, que quería absorberlo todo de ella. Si la medicina no podía hacer nada más que paliar su dolor, que el último trayecto del viaje no contara con vómitos, hinchazón, dolor, mareos ni debilidad. Nadie querría pasar su semana de vacaciones metido en una cama.

—¿Y cuál te parece la más factible ahora mismo? —le preguntó con intención justo cuando dejó el buen puñado de pipas sobre la mesa del porche y se giró hacia él. Al día siguiente, las tostarían en la sartén con un poco de aceite y sal. A los niños les encantaban.

No tardó ni dos segundos en acercarse a ella, acorralarla entre su cuerpo y la mesa y pegarse lo necesario para que fuera consciente de su calor.

—Ya que te gustan tanto esas panochas llenas de pipas, puede que te tumbe en la tierra y te haga mía hasta que todas se sequen.

Valeria rio con fuerza.

—Puede ser lo más bonito y raro que me han propuesto para echar un polvo.

Iván la contempló con una ceja alzada.

—¿Acaso tiene muchas proposiciones de las que yo no sea consciente, señorita?

—Señorita hasta dentro de... —Valeria cogió la muñeca de Iván y la alzó para mirar su reloj— ¡una hora! —Intentó apartarlo con las manos, pero él no se lo permitió. Su cuerpo duro se pegó más al de ella y con lentitud se hizo con su boca para depositar en él un beso casto, suave.

—Eso venía a decirte. Están todos dentro, Chari y Larry vienen en camino, y tú, que eres la protagonista, estás con una camiseta vieja y recogiendo pipas. ¿Cuándo piensas vestirte?

—No soy la protagonista; somos los protagonistas. Y ni siquiera eso. Ya sabes que esto es...

—Un trámite, lo sé —terminó Iván por ella—. Pero ¿puedes permitirme que disfrute del procedimiento?

Lo miró un poco asombrada, agitando las pestañas.

—¿Te hace ilusión? Me has dicho tantas veces que no, que pensaba...

Iván sonrió.

—Me hace ilusión convertirte en mi mujer, Valeria.

—Ya soy tu mujer. Ya lo era antes.

—Pues convertirme en tu marido. Y verte firmar nuestro acuerdo de vida. Y hacerte el amor en nuestra noche de bodas.

Valeria soltó una carcajada.

—No tenemos de eso.

—Ah, ¿no? ¿Entonces hoy no se hará de noche y yo no podré hacerte el amor?

—No me refería a eso, tonto. —Le golpeó el pecho con suavidad—. No he planeado nada porque creía que no querías hacerlo.

—No quería que creyeras que lo necesito, ya sabes que es algo que ni siquiera me había planteado, aunque siendo sincero..., ahora que va a ocurrir estoy un poco nervioso y emocionado.

Valeria le había propuesto casarse decenas de veces, e Iván la había rechazado en cada ocasión. Ella necesitaba la tranquilidad de saber que se quedaba en una buena posición, que al menos tendría dónde vivir, tierras que trabajar o que le dejaran dinero, pero él rechazó una y otra vez la propuesta, alegando que no necesitaba nada de eso. No quería hablar de temas económicos, de finales ni de herencias. No obstante, tras mucho insistirle, entró en razón, más por ella que por él.

Cuando Valeria se separó de Diego Cifuentes, se quedó con la casa del campo en la que vivían, con posesiones y una cantidad de dinero razonable. No toda la que hubiera esperado, teniendo en cuenta que Diego se había encargado durante años de cambiar de nombre

propiedades y pertenencias, además de extraviar mucho dinero negro, y el que probablemente ella ni sabía que existía. Pero no le importó. Vivía como quería vivir, y no conocía mayor fortuna que esa.

Tras mucho explicarle sus motivos, Iván accedió. Como no lo vio muy ilusionado con la decisión, le propuso ir a firmar y listo. Pero para no hacerlo tan poco emocionante, él le regaló las entradas de aquel concierto al que tantas ganas tenían de ir.

La casualidad había querido que, después de años el cantante decidiera hacer una gira, así que aquel viernes, justo en una hora, Iván y Valeria se casarían y después lo celebrarían bailando como putos locos.

Nunca en su vida había pensado en una segunda boda, de hecho, todavía no se creía que se hubiera casado de nuevo. Casado, ella. Por el juzgado y no ante los ojos de Dios. Le entraron ganas de persignarse, pero no lo hizo. Había aprendido a no culpabilizarse por hacer lo que deseaba, siempre que esa decisión no afectara conscientemente a nadie más. Pues sí, se había casado, sin Dios presente y con su antiguo perrito faldero. El chófer, el mozo de cuadra, quien, a pesar de ser más joven y tener toda una vida por delante, ahí estaba, a su lado entre una gran multitud, con una cerveza en un vaso de plástico que chocaron para brindar por su compromiso. Tenía muchas posibilidades para elegir «Y siempre te elegiré a ti, Valeria. Siempre», le había dicho justo antes de firmar, cuando ella le había recordado lo de su fecha de caducidad y él la había contemplado con una ceja alzada, cansado de la misma cantinela de siempre. Poco o mucho, siempre a su lado. Le había repetido aquello tantas veces..., y sin embargo no se lo había creído nunca del todo. Puede que porque se sintiera un lastre más que una buena compañera.

De todos modos, si alguna vez hubiera pensado en una segunda boda, jamás se habría imaginado en un juzgado, con un pantalón vaquero y una camiseta blanca con la silueta de un cantante tocando la guitarra dibujada en ella y con la mítica frase que decía aquello de «Bailar como una puta loca». Para algunos solo era una canción; para ella, ley de vida. Un mantra que se repetía una y otra vez y que lo resumía todo. Y, aun así, con su vaquero, los zapatos de deporte, la camiseta básica y el pelo corto que no había tenido necesidad de peinar, le pareció el momento más especial del mundo. Porque era él y era con ella.

Las luces menguaron y el público gritó eufórico. La instrumental sonó de fondo. Todos estaban colocados menos el vocalista. Podía verlos a la perfección, porque se habían encargado de hacer una cola de horas que los había posicionado en la segunda fila, aunque Iván había hecho un hueco para que ella se posicionara delante, apoyada sobre las vallas de seguridad. Quería que lo viviera por primera vez, en primera persona y en primera fila. Su chico de las primeras veces.

Valeria sonrió y se miró la camiseta. Se la había regalado días antes para que se sintiera una más del público y su ola de fanatismo, aunque hasta hacía poco más de un año no supiera quién era ese tal Robe y le interesara un pepino la música *rock.*

Giró el rostro hacia atrás y lo buscó con la mirada. Sus ojos negros brillaban de esa manera que solo en ellos había descubierto. Lo veía relajado, pleno, feliz. Ella tenía que ver mucho con aquella felicidad y se sintió orgullosa. Iván se percató de su escrutinio y le sonrió con los ojos mientras le daba un largo trago a su cerveza. Se le vino a la mente lo que pensó de ese brillo el primer día que la miró con fijeza.

Estaba sentada en una cafetería, justo enfrente del hospital, con el dosier en la mano que le indicaba un cambio de planes. Se sentía vacía, confusa. Estaba sumergida en una tiniebla oscura. Y entonces llegó él, molesto, a decirle que ya era el momento de irse. Le pareció un capullo y un engreído, y aun así, apreció el brillo de sus ojos oscuros. «¿Acaso es posible que en mitad de la negrura aparezca un destello?». Eso fue justo lo que pensó. Quién iba a decirle que aquel chico

que parecía estar allí para hacerle la vida imposible en realidad iba a ser la luz de su oscuridad.

—¡Ahí viene! —exclamó Vega a su lado, refiriéndose a Robe.

Y debía ser verdad, porque en mitad del júbilo del público, se hizo un silencio. Puede que de medio segundo, pero a Valeria la conmovió esa falta de aire instantánea. Entonces apareció el cantante y las miles de personas fueron una. Todos gritaban, saltaban y lo ovacionaban, pero ella se quedó estática, en silencio, continuando el movimiento tranquilo de Robe a través del escenario, como si el tipo poseyera una fuerza extraordinaria que la llamaba.

Comenzó a llorar. No supo si era un cúmulo de emociones o ese magnetismo insólito, pero lloró muchísimo cuando la guitarra sonó y él comenzó a cantar. Observó su ropa *hippie,* de colores y poco conjuntada. Su pelo blanco y despeinado que se mecía al son del viento y que creaba una imagen mágica con el humo que salía de las máquinas del fondo. Apreció en pocos segundos que aquel tipo —del que ya sabía algo porque Iván le había mostrado vídeos de muchos años atrás— ya no era el hombre desfasado y protagonista del pasado. Ahora tenía placidez en el rostro y calma; la que solo poseen las personas que son quienes quieren ser, sin necesidad de sorprender a nadie. No daba la impresión de cantar para gustar, sino para disfrutar. Ella, en cierto modo y a pequeña escala, se sentía identificada.

Sintió el abrazo de Iván por detrás de su cintura mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, la mano de Vega sobre su hombro izquierdo, el grito ensordecedor de Chari, que bailaba con los brazos alzados, y las burlas de Eydan y Larry, que fingían no estar emocionados, pero lo hacían muy mal.

Las canciones se sucedieron, los aplausos y las exclamaciones. El público cantaba, bailaba y disfrutaba, sin embargo, ella estaba estática, observando el espectáculo. Iván no dejaba de preguntarle si se encontraba bien, si ocurría algo, si no le gustaba... No supo explicarle, hasta que llegó el primer descanso, que no sabía qué le sucedía, pero que, al contrario de lo que todos imaginaban, era algo... mágico. Indescriptible. De esos recuerdos que, sabía, se llevaría en el corazón.

Con el paso de los minutos y las cervezas, reaccionó. Se dijo que no debía parecer una más del público; era una más.

—Ya llega —le susurró Iván en el oído, aferrado a su cintura, cuando el momento se acercaba. Esa parte del «Segundo movimiento» que tanto les había marcado a lo largo de su recorrido.

Se tomó un segundo para contemplar a Vega, que discutía con Eydan sobre algún dato falso del violinista que tocaba, pero lo hacían entre risas. Ni sus habituales piques eran capaces de opacar aquel instante. Miró a Chari y se le llenó el pecho de alegría y un poco de orgullo por tener a su lado a aquel mujerón de pilas inagotables. Ya no llevaba pañuelo a conjunto con su vestido, tenía cabello, uno que comenzaba a rizarse por debajo de su nuca, y sus característicos labios rojos. Y a Larry, el chico extremadamente rubio que crecía en aquel extraño grupo y que al fin podía decir que estaba sano. No así ella. Suspiró. A veces era irremediable tenerlo en cuenta.

«Pero estás viva. Todavía estás viva. Y tienes tiempo de bailar», se recordó.

Se abrazaron entre todos de manera torpe, alzaron las cervezas con las manos libres y se miraron a los ojos, sabiendo en ese momento que nada ni nadie —ni siquiera el tiempo, siendo un experto en hacer desaparecer la vida y los recuerdos— podría borrar aquel instante de su existencia.

Las guitarras y el bajo explosionaban, el violín lloraba y la batería tronaba en sus oídos. Entonces Robe comenzó a gritar con su voz desgarrada lo que con tanta euforia esperaban:

—Que yo solo quiero hacerte bailaaar... Bailaaaar… Bailaaar… Bailaaar como una puta loca...

Su corazón explosionó al compás de la guitarra y el bajo, sus ojos lloraron de la mano del violín y el corazón le tronó en el pecho a la vez que la batería.

Pum, pum, pum.

Todavía latía.

Y bailó.

Bailó como una puta loca.

Llegó a casa cuando el sol amenazaba con aparecer un día más. Estaba borracha y aturdida, y eso que solo había tomado algunas cervezas en el concierto y refresco en aquella fiesta clandestina en la que, sin saber cómo, habían acabado. Era de unos amigos de Eydan, todos modelos y guapísimos, a los que se le había sumado el curioso grupo.

Una noche original podría decirse, en la que Larry se había ligado a una joven modelo sacada de una revista y Chari se había encargado de contarles a todos los muchachos los beneficios de hacer el amor con mujeres maduras y experimentadas que sabían de vínculos afectivos, aunque no le funcionó del todo para su verdadero propósito. Eydan había estado un poco con todos, no obstante, a ninguno les pasó desapercibido cómo capturaba la atención de las mujeres y de alguno de los hombres del otro grupo gracias a ese encanto y esa belleza natural que poseía. Valeria, Iván y Vega habían estado de aquí para allá, conociendo a gente, charlando y bailando, aunque Vega se fue antes que los demás, y ellos la siguieron unas horas más tarde, cada uno a su destino.

—¿Estás borracha? —le preguntó Iván al verla caminar despacio hasta la puerta de la casa. Acababan de bajarse del coche.

Ella miró hacia atrás, con las zapatillas de deporte en las manos, y le sonrió.

—Es otro tipo de embriaguez. No sé explicarlo.

—No hace falta. Sé de lo que hablas. Yo llevo borracho de ti desde hace más de un año.

De un movimiento inesperado, Iván la sujetó en brazos como el reglamento mandaba coger a las novias justo antes de entrar en casa. Valeria lo miró sorprendida y risueña antes de exclamar:

—¡¿Qué haces?!

—No pensarías que entrarías en casa por tu propio pie siendo nuestra primera noche como marido y mujer, ¿no?

—Más bien nuestra primera madrugada —rectificó antes de posar un beso sobre la nariz de Iván—. Y teniendo en cuenta que nos hemos casado con estas pintas, que lo hemos celebrado en un concierto de *rock* y que hemos acabado de *after* en una fiesta clandestina de modelos... Sí, tal vez pensaba que nuestra entrada no sería al uso.

—Nada de lo nuestro puede considerarse *al uso.*

Cuando Valeria pensaba que la introduciría en la casa, Iván pasó por la puerta de largo y comenzó a rodear el terreno hacia la parte posterior.

—¿Adónde vamos?

—A celebrar nuestra madrugada de bodas.

Ella fue a abrir la boca, pero la cerró de golpe.

Vio el campo de girasoles. El manto amarillo. Sus niños de panochas gigantes estaban a pocas horas de alzar las cabezas en busca del sol. No todos, pues algunos ya se encontraban cargados de pipas. Vio, en el mismo pasillo de tierra en el que había estado aquella tarde antes de la boda, el pequeño pero precioso picnic preparado. Una sábana de cuadros, una cestita que supuso que contenía comida y una cubitera con champán y copas frías.

—¿Quién ha preparado todo esto? —le preguntó impresionada conforme Iván la soltaba de sus

brazos y ella sentía el suelo en sus pies descalzos.

—Mi hermana, mi abuela y los niños.

—Por eso Patricia insistió en no venir al concierto después del juzgado.

Él asintió.

—Han hecho un desayuno especial en casa. —Se refería a la casa donde vivían su abuela, su hermana y su sobrina, a pocos metros de la suya, pero independiente, y en la que aquel día también dormía Mateo para que tuvieran intimidad—. Tortitas caseras con fresas y chocolate. Y puede que exceso de azúcar. El martes estuvieron ensayando, me dieron una para probarlas y casi me da un subidón de glucosa. Creo que mi hermana no se fiaba mucho de dejarlos a su bola en la cocina y con la abuela y por eso ha decidido venirse.

—¿Desayunaremos con champán?

—En tu campo de girasoles.

—Con mi marido. —Lo contempló con los ojillos brillantes de felicidad y él asintió mientras dirigía sus ojos a los sencillos anillos de oro blanco que ahora llevaban en el dedo anular de la mano derecha—. ¿Y qué es eso que está cubierto con una sábana?

Apoyado en una mata de girasoles, había un objeto cuadrado tapado.

—Un regalo que verás después.

—¿Después de qué?

Iván la instó a sentarse sobre la sábana de cuadros. Sacó las copas, el champán frío —que debían haberlo preparado minutos antes porque estaba en su punto perfecto— y las llenó.

—Después de brindar como marido y mujer, de hacerte el amor y de desayunar. En ese orden.

La sonrisa de Valeria se extendió tanto que el sol se quedó un poco cohibido por la falta de protagonismo.

Amanecía cuando chocaron sus copas y compartieron el sabor del champán de la boca del otro. La mezcla de colores en el cielo y las de la tierra y su naturaleza les recordaba que había un día más para todo. Para experimentar, para reír, para sufrir, para llorar. Un día y cientos de posibilidades.

Ellos eligieron la de amarse.

Desnudos por fuera y por dentro, sobre una sábana, con el cielo sobre sus cabezas y la tierra fresca bajo sus cuerpos, se unieron. Primero despacio, mirándose a los ojos, sintiendo los estímulos, los escalofríos. Cada sensación era un regalo, uno pequeño y mágico.

Valeria lloró un poco, combinación de emociones, de recuerdos y de futuro. Esa extraña mezcla que siempre la hacía disfrutar del momento y martirizarse porque quizá sería el último. El viaje contaba con un poco de todo, y el sufrimiento y el miedo eran parte de él. Lloró más cuando las lágrimas de Iván rebotaron en sus mejillas, pero lo hizo en silencio, opacándolas con sus gemidos. Estaba sobre ella, sumergiéndose en su cuerpo, amándola en cada estocada, y supo que también sufría por el mañana a la vez que gozaba el ahora.

—Amor y un puñado de girasoles —le recordó ella.

—Amor y un puñado de girasoles —determinó él, dándose cuenta de que esa propuesta que le había hecho un día como algo simple, era ahora su más jodida y bonita decisión.

Después, les sobrevino el orgasmo. Otro placer efímero que Valeria había aprendido a capturar cada vez que tenía ocasión como se captura el aire por necesidad.

Agitados, sin separarse ni romper la unión, ambos miraron hacia el objeto cuadrado cuando una inoportuna —u oportuna, según como se mirase— brizna de aire se llevó la esquina del trapo que lo cubría. El regalo iba a desvelarse antes de lo planeado. Valeria giró un poco más el rostro para descubrir su contenido. Iván la miró a ella. Sabía de sobra qué había en el cuadro; Vega le

había mandado una foto apenas cuarenta minutos antes, justo cuando lo terminó y lo colocó allí para que secara. Se había ido antes de la fiesta para terminarlo y que Valeria lo descubriera en un día tan especial como aquel.

Así que la observó a ella. A su pelo castaño y corto que lucía alborotado, a los labios hinchados de sus besos y las mejillas encendidas que evidenciaban el momento que acababan de vivir. Apreció cada detalle, cada gesto sorpresivo de Valeria.

Quería recordarla siempre así, feliz, ilusionada como una niña. Y libre, como en el cuadro. Ese en el que Valeria bailaba con las manos alzadas entre girasoles que contemplaban el cielo, descalza y con un vestido hortera rosa fucsia con estampado de flores. La eternidad encima y el mundo bajo sus pies. A lo lejos, Mateo montaba a Impetuoso. Guardó en su retina cómo se mordía el labio mientras sonreía con suavidad al descubrir que en una esquina panorámica, apoyado en una de las columnas del porche, cruzado de brazos y con los ojos brillantes de amor, se encontraba Iván viéndola bailar. Viéndola vivir.

Debajo, el título del cuadro que siempre ocuparía la parte principal del salón donde habían convivido y convivirían unos meses más:

Los girasoles de Valeria.

Biografía de la autora

Noelia Medina, nacida y residente en Carmona, Sevilla, 1994.

Se considera los dos extremos de una cuerda. En uno se encuentra la escritora de novelas eróticas y románticas sin ningún tipo de tabúes, y en el otro, la creadora de relatos juveniles que se centra en las relaciones sanas, la empatía y la convivencia plena de los seres humanos. Para caminar de un extremo a otro de la cuerda de la vida, los cree necesariamente compatibles. Entre medias, combina la comedia, el suspense o cualquier género que le apetezca en ese momento. Eso sí, siempre con el amor presente.

Además, es correctora profesional y escritora de artículos, principalmente relacionados con el mundo erótico y la sexualidad.

Entre sus obras destacadas se encuentran *Con las manos en las bragas*, la bilogía *Tabú*, *Donde caben dos, caben tres*, *Aitor*, *La hija de mi socio* y la actual trilogía *Pecado divino*, una mezcla de todos sus géneros unidos en tres tomos. También ha creado historias a cuatro manos como la serie *Mafia de tres*, junto con Angy Skay.

Puedes encontrarla en las redes como Noelia Medina Escritora.

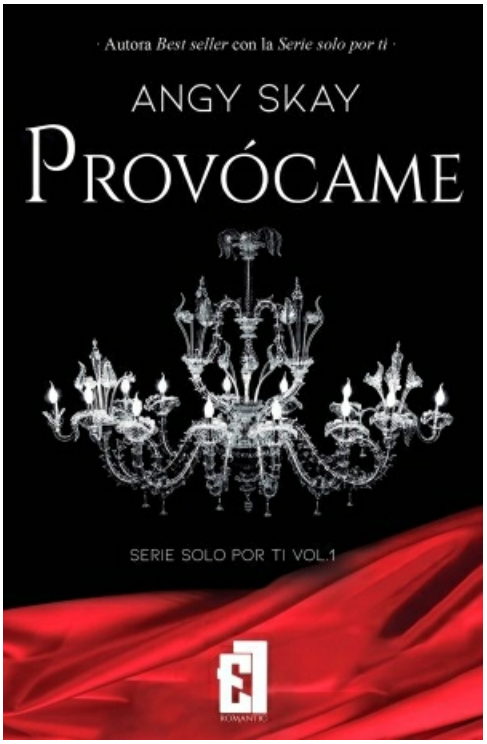
Tú opinión nos importa

Llegados a este punto nos gustaría pedirte que, si puedes y lo deseas, no olvides dejar tu valoración en cualquier plataforma para contarnos tus impresiones. Gracias a eso podremos mejorar y ayudarás a muchos autores.

Tu opinión sí nos importa.

Muchísimas gracias.

Entre Libros Editorial


· Autora Best seller con la Serie solo por ti ·
ANGY SKAY
PROVÓCAME
SERIE SOLO POR TI VOL.1

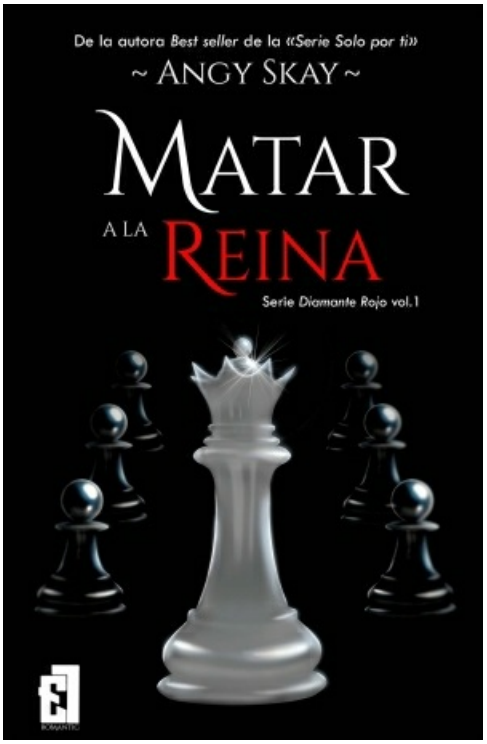
Provócame

Skay, Angy
9788494383212
494 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué hacer cuando el destino te pone a prueba?
¿Serias capaz de sacrificar a otra persona por ti?
¿De destrozar su vida?
El irresistible y misterioso **Bryan Summers** se trasladará a Marbella para cerrar un trato e, inevitablemente, **Annia Moreno**, una mujer que trabaja como personal *shopper* en la ciudad malagueña, se cruzará en su camino haciendo que todas sus alarmas exploten. La palabra "peligro" aparecerá reflejada en ella, pero él será incapaz de cejar en sus empeños por conquistarla, hasta que poco a poco descubra el camino de espinas que deberá de atravesar. Lujuria, desenfreno y un oculto pasado lleno de dolor crearán una mezcla explosiva entorno a su historia prohibida. ¿Quieres saber algo más? Todo esto y mucho más lo descubrirás en esta fascinante historia. Provócame, el primer volumen de la Serie Solo por ti.
¿Te atreves a provocarme?

Cómpralo y empieza a leer


De la autora Best seller de la «Serie Solo por ti»
~ ANGY SKAY ~
MATAR
A LA
REINA
Serie Diamante Rojo vol.1

Matar a la Reina

Skay, Angy
9788417160661
520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

· Bienvenido al mundo de la reina de los villanos ·
Las alegres Navidades de Micaela Bravo se ven interrumpidas cuando, con solo doce años, alguien a quién creía de su familia le arranca la infancia acabando con lo que más quiere. Todos sus seres queridos son asesinados sin piedad y, ella, ultrajada y agredida hasta tal punto que sus agresores piensan que han terminado con su vida.

En su último aliento, su alma se impregna de un sentimiento vengativo que la hará tomar las riendas de su vida unos años después, por un oscuro y tenebroso mundo donde las mafias y el peligro son algo constante.

En otra parte del planeta, un asesino a sueldo recibe una llamada que hará cambiar su existencia por completo cuando descubra una lista con seis nombres, teniendo que asesinar a cada persona por orden correlativo, según su antiguo instructor, Anker Megalos.

Matar a la Reina es la primera parte de la serie *Diamante Rojo*, donde la mafia, los asesinatos, la acción y un amor peligroso se juntarán, dándole lugar a las personas que, al parecer, nunca tienen oportunidad de vivir un futuro a su antojo: los villanos.

En esta ocasión, **"El objetivo, eres tú".**

Cómpralo y empieza a leer


· De la autora superventas ·
Te robé un beso
ANGY SKAY
SERIE
¿TE ATREVES
A QUERERME?
VOL.1

Te robé un beso

Skay, Angy
9788494383274
333 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sara Martínez tiene veintinueve años. Es soltera, una mujer de armas tomar, aunque muy insegura de sí misma. Huye del amor por una turbia relación del pasado y busca una vida normal, tranquila y sin ataduras. Le encanta su trabajo y vivir el día a día junto a su mejor amiga; Patricia.

César Fernández tiene treinta años. Es soltero, de mirada inolvidable y un cuerpo que incita al pecado. Un don Juan en toda regla. El típico "chico malo" al que su padre intenta encarrilar sin éxito alguno. Con una vida desahogada, gracias a un "golpe de suerte".

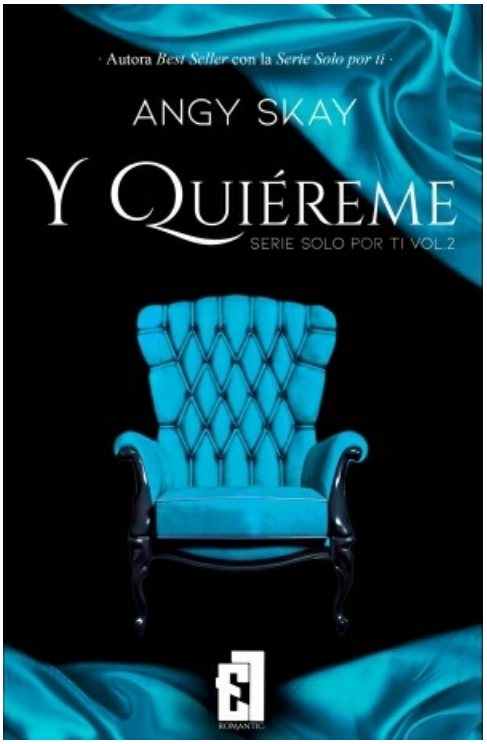
Sus caminos se juntan sin esperarlo y una atracción letal les arrastra por completo. Lo que Sara no sabe es que César oculta un pequeño secreto que ella jamás esperaría y un encuentro en el pasado que no recordaba.

¿Podrá un **ladrón** de corazones **robarle** un **beso** y derribar las barreras de su **corazón**?

Comienza la serie ***¿Te atreves a quererme?***

Y tú, ¿te atreves a empezarla?

Cómpralo y empieza a leer


· Autora Best Seller con la Serie Solo por ti ·
ANGY SKAY
Y QUIÉREME
SERIE SOLO POR TI VOL.2

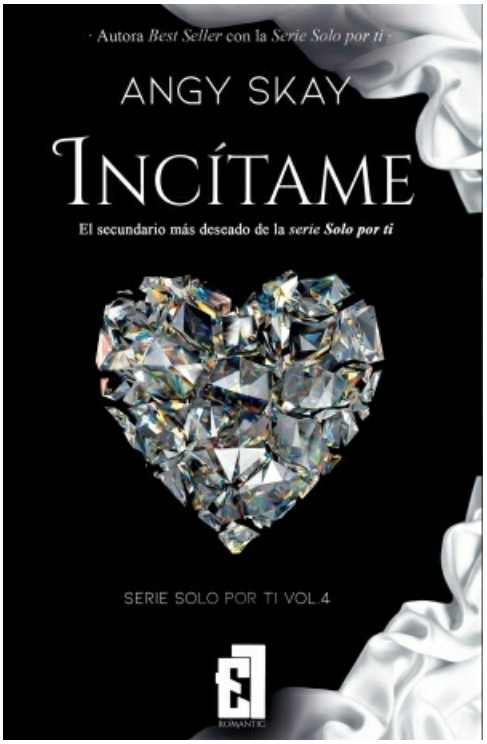
Y quiéreme

Skay, Angy
9788494383229
460 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cuando el amor golpea devastadoramente tu corazón y se hace paso sin pedir permiso, la pasión y el desenfreno ciegan detalles muy significativos de una pareja. Detalles que cuando salen a la luz atormentan. Bryan no podrá vivir sin ella, pero ¿y ella? ¿podrá vivir con inesperados y sorprendentes percances que transcurrirán, dejándola fuera de lugar?
Conoceremos a Annia por completo, sin embargo, ¿qué pasa con Bryan? Esta historia abrirá muchos caminos y, con ellos, demasiadas dudas.
Tras el impresionante Provócame, llega la esperada segunda parte de la Serie Solo por ti. *¿Podrás quererme?*

Cómpralo y empieza a leer


Autora Best Seller con la Serie Solo por ti
ANGY SKAY
INCÍTAME
El secundario más deseado de la serie Solo por ti
SERIE SOLO POR TI VOL.4

Incítame

Skay, Angy
9788494436277
444 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El **atractivo e irresistible** Máximo Collins viaja a la ciudad donde su mejor amigo, Bryan Summers, esconde su identidad junto a su familia.

En ese trayecto casi atropella a una mujer de ojos negros como la noche y, aparentemente de lengua afilada. Pero lo que Max desconoce, es que esa mujer es una heroína.

Tras la apariencia de hombre divertido, *sexy* y romántico, se encuentra un alma rota, junto a un corazón desintegrado que tendrá que enfrentarse a su mayor temor: el pasado.

Un último amor, una familia oculta y un trauma persistente provocarán que los días de Máximo Collins sean un calvario difícil de resolver.

¿Será capaz Max Collins de afrontar todas las trampas que le depara el destino?

Cómpralo y empieza a leer